

El secreto de la esfinge



Ana Alcolea

Antiguo Egipto, periodo intermedio. Neferad llora la muerte de su abuelo en una de las guerras del faraón, pero su duelo será corto. En breve marchará de su casa para convertirse en sacerdotisa de Isis. Algo que no desea ser, pues preferiría quedarse en casa junto a su madre y sus hermanas y esperar a su padre, también en el frente. Todo se complicará aún más cuando comprende que siente algo por su esclavo Serq; lo que sería una relación prohibida.

En la actualidad. El abuelo de Carlos ha fallecido; a la pena por su desaparición se une la tensa relación entre la esposa del difunto y la madre del muchacho, que nunca aceptó ese nuevo matrimonio. Cuando la anciana se presenta en casa de Carlos lo que parece ser una antigüedad egipcia de origen desconocido, la figura de su abuelo se cubrirá de sombras. Menos mal que en breve llegará Elena, su novia, que tras lesionarse durante su formación en una compañía de *ballet* holandesa, va a pasar la convalecencia en Zaragoza.

A los que se fueron.

Neferad lloraba la muerte de su abuelo, el viejo general favorito del faraón. La muerte había entrado en su oído con una flecha perdida en la batalla. Una flecha que había llegado hasta el cerebro y lo había anegado en su propia sangre. La madre de Neferad le había dicho que no debía llorar, que el abuelo se iba al reino de los muertos y que acompañaría al dios Osiris cada noche junto al disco solar. También le dijo que no tenía que sufrir la ausencia, porque de lo contrario, el espíritu intentaría volver al reino de los vivos y no encontraría su camino. La joven hacía cada noche sus ofrendas a Isis, que era la diosa a la que confiaba sus secretos, y a la que le pedía que el faraón dejara de mandar a los hombres a la muerte. Cuando llegó la noticia de la caída del general Siq, Neferad se enfureció con la diosa y tiró su estatuilla al estanque. Allí la dejó, a pesar de que necesitaba creer en el poder de Isis cada noche, antes de irse a dormir. Solo así evitaría las pesadillas que le devolvían la imagen de su abuelo pálido y ensangrentado, sobre la mesa en la que los embalsamadores habían extraído sus vísceras y las habían introducido en vasijas de barro.

Serq, el joven esclavo que su abuelo le había regalado cuando cumplió los trece años, había sacado del agua la figura de la diosa. Neferad apenas había hablado con él hasta entonces.

—No debes enfadar a los dioses tirándolos al agua, señora —le había dicho el chico, sin atreverse a mirarla.

—¿Qué sabrás tú de los sentimientos de los dioses? —le había contestado ella, sin dejar de observar la palmera, que se mecía al compás de la extraña música del viento.

—Nada, ciertamente, señora. No sé nada de los sentimientos ajenos.

—¿Acaso sabes algo? Eres un esclavo. Y los esclavos no saben nada, ni siquiera tienen sentimientos.

—Te equivocas, señora. Que no seamos libres solo significa que carecemos de libertad de movimientos y de deci-

siones. Pero nadie puede esclavizar nuestros pensamientos —continuó el muchacho.

—¿Y cuáles son tus pensamientos? Los míos están con mi abuelo muerto. Ahora mismo están dando ungüentos en su carne y en su piel para que emprenda el viaje al más allá. —Neferad se calló unos instantes antes de continuar—. La misma piel que yo tanto acariciaba. Aquellos brazos poderosos que me abrazaban y me levantaban al aire cuando era niña. Los mismos brazos que ya nunca me podrán abrazar. Ahora mismo le estarán sellando la boca. La misma boca con la que me nombraba, y entonces yo existía en el mundo. Le pedí muchas veces a la diosa que no me lo arrebatara, pero no me hizo caso.

—Tal vez ahora deberás pedirle que interceda ante Osiris para que tome de la mano a su espíritu y le otorgue un buen lugar a su lado —le dijo Serq mientras le entregaba la estatuilla de Isis que acababa de recoger en el estanque.

Neferad la tomó en sus manos y se la llevó al pecho. Esa noche le pediría perdón a la diosa por haberla tirado al agua, y le rogaría por el alma de su abuelo. Tal vez el esclavo tenía razón.

—¿Por qué eres esclavo, Serq? Llevas muchas lunas a mi servicio, pero apenas habíamos hablado. Sé muy poco sobre ti.

—Señora, a los esclavos apenas se nos concede el don de la palabra ante nuestros amos.

—Ahora soy yo quien te pide que hables.

—Tu abuelo me trajo hasta ti. Me sacó de mi pueblo, más allá de Luxor. Tu abuelo y sus soldados mataron a todos los hombres y a muchas mujeres. A los más jóvenes y a los niños nos repartieron por diferentes palacios para entretener a los jóvenes príncipes de la familia del faraón y de las familias nobles. A mí me asignaron a tu familia porque, además, tenía conocimientos sobre los papiros. Por eso estoy en tu casa, señora.

—¿También para entretenerme? No lo has hecho hasta ahora —replicó ella.

—Cuando llegué, me dieron severas instrucciones: no hables si no te preguntan, no hagas nada si no te lo piden —le explicó él, mirándose las cuerdas de sus sandalias—. Me dieron trabajo con los papiros.

—Pero esta vez te has dirigido a mí sin que yo te ordenara nada.

—No podía permitir que te enfadaras con la diosa. Ayer vi con lágrimas en los ojos cómo la lanzabas al agua. No he dormido esta noche, pensando en la soledad de Isis y en tu tristeza.

—¿Mi tristeza te quitó el sueño, Serq? —Por primera vez en cuatro días, Neferad sonrió.

—Sí.

Y Serq levantó su mirada del suelo por primera vez desde que rescatara a Isis de las aguas del estanque del palacio.

Marga sentía que se había roto el pilar que la había sustentado desde que nació. En el funeral de su padre, apenas podía escuchar las palabras del sacerdote. No le importaba lo más mínimo lo que aquel desconocido pudiera decir acerca de la vida del hombre que acababa de dejar este mundo. Las palabras que le importaban eran las que estaban tan dentro de ella que no podían salir, ni siquiera en forma de lágrimas. Marga no había podido llorar desde que Paquita, la mujer de don Nicolás, la llamara dos días antes para comunicarle que su padre había muerto. Sabía lo que era la ausencia, la había vivido ya con la pérdida de su madre. Todavía no la sentía. La estupefacción era tan grande que no dejaba cabida al dolor real. Los abrazos y los besos de amigos, colegas, parientes, habían teñido el velatorio de una pátina teatral. El muerto al otro lado del cristal, como al otro lado de un telón, oculto bajo la tapa del ataúd. Las flores a su alrededor. Las conversaciones frívolas sobre el calor que hacía y sobre los muertos anteriores y los venideros. Paquita que iba y venía, con el rímel corrido bajo sus ojos por las lágrimas que, ella sí, había derramado por el hombre con el que se había casado un año antes. Ella y él, dos octogenarios que se habían conocido en Benidorm bailando un pasodoble. Él acababa de bailar su último baile. Un baile en el que ella no había intervenido.

Carlos hablaba con sus amigos y wasapeaba con Elena, que seguía en Ámsterdam, en la compañía de *ballet* de la que había recibido una importante beca poco después de la boda del abuelo de Carlos con Paquita. La chica no había podido ir al funeral y Carlos la echaba de menos. Su padre, Federico, tampoco había acudido: esta vez sus labores de arqueólogo lo habían llevado hasta una tumba sacerdotal en el Valle de los Reyes, en Egipto.

Así que Marga y su hijo Carlos se sentían solos, muy solos, en el funeral de don Nicolás. Y no porque echaran de menos a Federico o a Elena. No. Se sentían solos porque ya no tenían ni padre ni abuelo, y sabían que la ausencia que provoca la muerte es un pozo, oscuro, infinito, terrible.

Paquita, la viuda, estaba sentada en el primer banco junto a Carlos, y de vez en cuando le apretaba la mano. Carlos quería retirarla, pero no se atrevía a desairar a la anciana. Desde que era pequeño, odiaba que le pellizcasen los mofletes y que le apretaran la mano. No entendía por qué las apreturas tenían que ser muestras de cariño. A él le parecían una agresión a su integridad física.

—Ay, hija mía —le dijo Paquita a Marga cuando terminó la ceremonia—, qué solos nos ha dejado tu padre. No sé qué voy a hacer sin él. Me hacía tanta compañía.

Marga miró a los ojos llorosos de Paquita. Nunca le había dejado que la llamara así, «hija mía», creía que se lo había dejado bien claro el día de la boda, pero ahí estaba de nuevo el sintagma fatídico. Y además, la otra frase, la de que su padre le hacía compa-

ña. Como si fuera un perro de lanas, o la gata que habían tenido y que se había muerto dos meses antes.

—No sabía que la misión de mi padre con usted fuera la de «hacer compañía», como si fuera una mesa camilla —le dijo Marga al oído, mientras la viuda intentaba abrazarla.

—Ay, hija, qué quisquillosa eres. Era un decir —le contestó ella, que no entendía por qué Marga era siempre tan seca con ella, incluso en un momento como aquel.

—Y no vuelva a llamarme «hija». No lo he sido hasta ahora y no voy a empezar hoy.

Marga buscó a Carlos con la mirada y se acercó a él. El chico estaba apoyado en un pino, a la salida de la iglesia del tanatorio. Callado y con el móvil en el bolsillo. Observaba las viejas tumbas y los angelotes que coronaban algunas. Tenía ganas de vomitar. No había querido ver a su abuelo muerto, pero casi se arrepentía de no haberlo hecho. Recordaba perfectamente la última vez que lo había visto y que había hablado con él. Tres días antes, cuando se lo encontró paseando por el parque y lo acompañó hasta su casa. Habían hablado de Elena y de Federico, los dos ausentes.

—A tu padre le gusta mucho su trabajo. Y lo hace bien. No hay que culparle porque pase temporadas por esos mundos de Dios.

—Abuelo, antes decías que mi padre era un botarate, y ahora lo defiendes.

—Llega un momento en la vida en el que todo se ve de otro color, ¿sabes? Nada es ni blanco ni negro.

Hay muchos matices de gris. Que no se te olvide nunca.

—Ahora está en Egipto —dijo Carlos.

—¡Cómo me habría gustado visitar las pirámides y los templos aquellos de columnas gigantescas!

—Aún puedes ir, abuelo.

—No, ya es tarde. Hay un tiempo para cada cosa. Y mi tiempo de viajar lejos se ha consumado. Ya solo me queda un viaje, chaval.

—¿Cuál? —preguntó ingenuamente Carlos.

—¿Cuál? El último, chico, el último.

Carlos se acordaba de aquellas palabras mientras esperaba a su madre a la salida del funeral. Marga le revolvió el pelo y él sonrió levemente.

—Podemos recoger las cenizas del abuelo a partir de mañana —le dijo su madre con los ojos llenos de lágrimas.

—No sé si seremos capaces. —Carlos se apoyó en el hombro de su madre. La mera imaginación de su abuelo convertido en polvo, dentro de una urna, le provocaba una tristeza que jamás había imaginado que pudiera existir.

—Lo seremos, Carlos. Nos dolerá, pero lo haremos.

Marga abrazó fuerte a su hijo y se echó a llorar desconsoladamente. Por un momento, pensó que no dejaría nunca de llorar. Pero lo hizo. Sabía que siempre se deja de llorar.

Neferad observaba el movimiento pendular de la alta palmera que se erguía solitaria junto al estanque. Serq la había dejado para seguir con sus obligaciones: cortar y preparar los papiros para que los sacerdotes escribieran en ellos los textos sagrados. Sus manos eran hábiles y conocía bien el oficio, aprendido de sus antepasados. Los papiros crecían alrededor del gran estanque y a las orillas del río. Cuando terminaba la tarea cada mañana, era mejor hacer ese trabajo poco después del amanecer, hacía los refrescos para Neferad, sus hermanas y las amigas que venían a visitarlas. Para ellas no era más que una sombra que iba y venía con jarras y copas. No era más que un ser necesario para que esas jarras y esas copas llegaran a sus manos. Ninguna se había preguntado jamás quién era aquel muchacho y desde dónde había llegado. Solo Neferad lo había sabido después de la tarde en la que él recogió la estatuilla de Isis que ella había arrojado al estanque. Desde entonces, Neferad lo observaba desde su alcoba mientras peinaba sus largos cabellos negros, poco después de que el sol se levantara de su camino nocturno por el mundo oscuro. Neferad se despertaba con los primeros rayos que llegaban directamente a su cara, se levantaba, se aseaba y se sentaba junto a la ventana, a peinarse. Y a observar a Serq, que cortaba papiros cada día, y que no osaba mirar hacia donde pensaba que la joven dormía todavía.

No habían vuelto a hablar desde aquel día, pero los pensamientos de uno y de otra habían caminado juntos sin saberlo: Serq soñaba con la bella nieta del general que había matado a su familia. Quería odiarla porque pertenecía a la misma estirpe que lo había condenado a la soledad y a la esclavitud. Pero no podía. Había visto sus lágrimas de rabia

y de dolor; y se había dado cuenta de que eran las mismas lágrimas que él había derramado tantas veces. Otros ojos, pero las mismas lágrimas. No. No podía odiarla. Nunca podría.

La joven seguía mirando el vaivén de la palmera. Su tronco cimbreante era como el de las bailarinas que había visto alguna vez en el templo de Isis. Sabía que también estaba destinada a ser una de ellas, pero aún no habían venido a buscarla. Como hija mayor de una familia noble, se convertiría en sacerdotisa de la diosa del bien y de la vida. Cantaría y bailarían en su honor en las ceremonias, en los sacrificios. Llegaría pronto el día en el que tendría que abandonar su casa para trasladarse a vivir en el templo, con las demás mujeres dedicadas al culto. Hasta esa tarde, nunca se había planteado que su vida fuera otra cosa que lo que le estaba destinado. Pero esa tarde, el viento había provocado que varios dátiles cayeran a sus pies, y Serq los había cogido para ella. Sus ojos se habían vuelto a encontrar, y el reflejo de la palmera moviéndose en el estanque la había hecho temblar.

En ese momento, su madre, dos sacerdotes y tres mujeres a las que nunca había visto salieron del edificio central y se acercaron hacia donde estaba ella. Serq se retiró y se quedó tras las palmeras más pequeñas. Neferad se levantó.

—Hija, ha llegado la hora —le dijo su madre.

—¿La hora? —preguntó la joven.

—Ha venido el momento en el que seas consagrada a Isis —habló el más viejo de los dos hombres, vestido con una túnica plateada, un collar de piedras negras y la cabeza completamente rapada—. Mañana al amanecer vendrán a por ti estas sacerdotisas. Ellas te enseñarán tus tareas en el templo. Isis te bendice, y también Ptah, el que todo lo crea. Sus palabras hablan a través de mí. Descansa por última vez en la casa que te vio nacer. A partir de ahora, tu morada será la misma que la de los dioses.

Los visitantes se fueron sin que Neferad pudiera decir nada. Se sentó de nuevo, bebió de la copa que le había servido Serq y miró fijamente sus sandalias, tejidas por su madre con los colores más vivos del desierto. Buscó con la mirada a Serq, pero no lo vio. No había nadie a su alrededor. Nadie con quien poder hablar. Nadie a quien poder contarle que no quería convertirse en sacerdotisa de Isis y pasar el resto de su vida dentro de un templo en medio del desierto, lejos de las cosas que le eran más queridas. Lejos de su madre, que había peinado tantas veces sus cabellos cuando era niña. Y lejos también de Serq. ¿Por qué pensaba en el joven esclavo en aquellos momentos? ¿Por qué Isis lo había puesto en su vida, si después tenía que dejar su presencia, como la de todos los demás? ¿Por qué Isis había permitido que el abuelo de ella, que iba a ser una de sus sacerdotisas, muriera en el campo de batalla, lejos de todos los que lo habían querido?

Neferad se acercó al estanque y se miró en él. Sus lágrimas no le dejaron ver el reflejo de Serq al otro lado. El reflejo de Serq, que la observaba inmóvil. Y el de la palmera, que danzaba movida por los hilos del viento.

Cuatro días después del funeral de don Nicolás, apareció Paquita por casa de Marga. Era domingo a mediodía. Dos domingos cada mes, ella y su marido iban a comer a casa de su hijastra. Presentía que con la desaparición de Nicolás, aquello se iba a terminar. No obstante, se vistió lo mejor que pudo, metió dos cajitas en el bolso, cogió el autobús y llamó en el portero automático. Cuando Marga la vio en la pantalla, dio un paso hacia atrás.

—Es ella —musitó. Carlos se acercó y vio a Paquita en blanco y negro, atusándose el pelo y las solapas de la camisa.

—Es domingo —le dijo su hijo.

—Ya sé que es domingo. Segundo domingo de mes. Pero no pensaba que fuera a venir. No sé si abrirle. Si no lo hago, pensará que no estamos y se irá.

—Mamá, ¡cómo no vas a abrirle!, ¡pobre Paquita!
—Y Carlos apretó el botón que abría el portón de entrada.

—No he hecho nada especial para comer. Paella.

—Hay bastante para los tres. Abrimos unas latas de sardinillas y hacernos una de esas ensaladas de tomate, huevos y lechugas varias.

Marga fue corriendo al baño y pasó el cepillo por su melena. Se dio un poco del maquillaje de base que siempre utilizaba para colorear un poco su piel y salió a abrir la puerta.

—Buenos días, hija. Hace un calor de morirse.

—No sé si «morirse» es la palabra más adecuada en estos momentos. No la esperábamos hoy. Tenemos la casa un poco desorganizada. Nos hemos levantado tarde y hemos ido a correr por el parque. Casi acabamos de llegar —se excusó Marga.

—Ya. No me esperabais hoy —repitió la anciana—. En realidad, nunca me habéis esperado. Sé lo que me corresponde con vosotros. No me vais a tener aquí todos los días, no te preocupes, ni siquiera de vez en cuando. Lo justo. Me vuelvo a mi pueblo. No me vais a tener que aguantar. El piso era de tu padre, y ahora es tuyo. No pretendo vivir de tu caridad, Marga. Tengo una casa en el pueblo, que afortunadamente no vendí, porque ya veía yo venir las cosas.

—No le he dicho que se vaya de la casa, Paquita. Ni se me había ocurrido semejante cosa —repuso Marga.

—Pues a mí, sí. En fin, cambiando de tema, estoy limpiando el armario de tu padre. La ropa la he llevado a una ONG. No he tocado los documentos, porque eso es cosa tuya. Salvo el certificado de matrimonio que es mío. Mío y solamente mío. ¿No me vas a invitar a sentarme?

—Sí, claro, siéntese. Voy a echar el arroz a la paella.

Y Marga se fue a la cocina. Carlos se quedó con Paquita. En ese momento le entró un wasap. Era de Elena, que le decía que iba a volver unos días a Zaragoza. Tenía una pequeña lesión en un pie y tenía que reposar. Unas semanas sin *ballet* y sin la humedad de